

Hacia un cambio sistémico.

por Jesús María Silveyra

Todos los días observamos grandes fluctuaciones en los mercados, tanto financieros como de materias primas, y pareciera que por más medidas que toman los países centrales, la situación no se estabiliza y la crisis tiende a profundizarse con cierre de empresas y despido de trabajadores. Los nostálgicos del comunismo sostienen que lo que se está viniendo abajo es el sistema capitalista y quizá sueñen con que ahora sí se produzca el triunfo del proletariado y surja un nuevo socialismo que evite los errores cometidos por los soviéticos. Los fanáticos del liberalismo dicen que los culpables de esta crisis son los Estados y su tendencia genética al intervencionismo, ya que debieron haberse mantenido al margen y dejar que el mercado se purificara a sí mismo. Otros, en cambio, pensamos que lo que está en crisis es la fase “consumista” del capitalismo y que estamos ante la oportunidad de entrar en una nueva etapa, más promisoría para la humanidad.

La crisis financiera estalló por un sin número de razones pero principalmente por un proceso de acumulación en la mala asignación de recursos a efectos de mantener altos los niveles de consumo y sostener el crecimiento mundial, especialmente de la economía norteamericana, que no sólo absorbía los sobrantes flujos financieros del resto del mundo, sino buena parte de sus excedentes de producción. Créditos hipotecarios y de consumo otorgados sin la debida relación con la capacidad de pago, “intoxicaron” el sistema a fin de que el “crecimiento” no decayera. Este mecanismo de aliento desmedido al “consumismo”, produjo distintas burbujas: inmobiliaria, de materias primas y derivados, etc... Las burbujas explotaron y el mundo se dio cuenta de la realidad: todas las grandes economías habían contribuido directa o indirectamente a la creación de un monstruo insaciable que alimentaba el consumo desmedido de bienes y servicios devorándose toda posibilidad de racionalidad y ahorro para un consumo diferido. Y en esta loca carrera de deseos desmedidos, el monstruo se terminó consumiendo a sí mismo.

Hoy, las cosas han cambiado y el consumidor (fundamentalmente el de USA y los países desarrollados) tiene la posibilidad de tomar conciencia de su enfermedad que, por otra parte, no lo hizo más feliz ni disminuyó sus niveles de deseo. La consecuencia de la crisis será, como ya lo reflejan los indicadores económicos, una caída en los niveles de consumo y mayor austeridad en la forma de vida, a menos que quieran apagar el incendio con nafta (como muchos gobiernos están intentando sin resultado). Este período de mayor austeridad puede posibilitar una toma de conciencia de los altos niveles de superficialidad alcanzados en esa loca carrera por “tener y cambiar lo que ya se tiene”. El hombre, despojado así de la vacuidad generada por el “consumismo” y la necesidad de “tener para ser”, puede retomar la senda de la búsqueda de lo trascendente que fue perdiendo y producir un reacomodamiento en la asignación de recursos mundiales permitiendo atender a los sectores más rezagados y marginados que

aún no tienen sus necesidades básicas satisfechas. En una palabra, la crisis abre la posibilidad de un cambio importante para el hombre post-moderno: pasar del planteo del “tener para ser” al del “ser para que otros sean”.

Este cambio sistémico en el comportamiento del hombre revolucionaría a toda la humanidad, en forma pacífica y silenciosa, tendiendo puentes en la diversidad a través del diálogo y la aceptación del “otro”, reconciliando los opuestos, tejiendo redes de solidaridad que actúen como mayas de contención y protección social, haciendo posible la instrumentación práctica de “economías de comunión”, cuidando atentamente su hábitat y toda la biosfera, recuperando una escala de valores que trascienda la simple enunciación de derechos, modificando las estructuras y los sistemas representativos de gobierno.